



UNA IDEA VIGENTE

Alejandro Alberto Armesto Bedito

Mientras deambulaba por las salas de la exposición oyó, uno detrás de otro, los comentarios de siempre. Claro que, en honor a la verdad, deambular no era exactamente lo que hacía y oír es un proceso básicamente físico que, por su naturaleza, le estaba vedado. Pero nada de esto le impedía estar presente. Y cada vez que un visitante exclamaba un “¡Pero si iba montado al revés!” o aquello de “¿La cola delante con las alas y el motor detrás?”, se limitaba a sonreír – aunque igual solo parecía que lo hiciese - y a seguir buscando mentes afines entre los visitantes de la exposición. Pronto encontró un grupo de jóvenes en el que integrarse. Hablaban con soltura de los diferentes modelos; de las distancias recorridas en los vuelos; de fechas y hazañas; conocían detalles clave de los diseños... pero había algo más. Una de las jóvenes del grupo alabó la decisión de no patentar los descubrimientos, de permitir que fueran utilizados y mejorados. De permitir que fueran libres como la Ciencia debía de ser - “Él fue el primer defensor del *Creative Commons* del mundo” dijo como conclusión - Las palabras de la joven iniciaron un debate que le era familiar. “Sí, este es mi grupo” se dijo - si hubiera podido decirse algo, claro está. En ese momento, dos chicos empezaron a enumerar hechos trágicos en la vida del hombre al que rendía

homenaje la exposición. La tristeza y la especulación solían estar presentes también en todas las exposiciones que visitaba. A pesar de ello, se fijó en las palabras de dos gemelos que matizaban la conclusión a la que había llegado la chica. “En algunos de sus planteamientos sobre los derechos de invención fue *Copyleft*. Sobre todo, quería que la ciencia fuera libre”, dijo uno de los dos gemelos. “Y que las patentes no ahogaran la creatividad técnica y el desarrollo científico”, sentenció el otro. “Sí,”- se dijo - “soy una idea vigente.” Y decir que se dijo es solo una manera de hablar, porque una idea no puede ni decir, ni deambular, ni oír, ni sonreír ni ninguna otra de las cosas que la persona que la ha creado, la sostiene, la enmienda o la refuta puede hacer. Y la persona que creó y sostuvo esta idea – y muchas otras más, todo sea dicho – murió hace casi 90 años. Pero su idea pervive. Y está presente en cada exposición sobre Santos Dumont que se hace en cualquier lugar del mundo. Y no es faltar a la verdad decir que las ideas pueden hacer cosas que las personas que las crean, las sostienen, las enmiendan o las refutan nunca podrán hacer. Como por ejemplo viajar, además de espacial, también temporalmente. Y esto es una gran ventaja – para las ideas, claro. Para la humanidad, en según qué casos, no lo es tanto. Hay ideas que continúan viajando hacia el futuro cuando deberían haber quedado ancladas en pasados cada vez más remotos. Pero dejemos los viajes y volvamos a la idea de Santos Dumont, cuya vigencia pervive en tecnologías inimaginables para una persona de aquella época. Incluso para una persona como Santos Dumont, que nació en un imperio y murió en unos estados unidos, aunque tanto el uno como los otros, fueran de Brasil. Un hombre que – dicen - entre sus pequeños logros ayudó a inventar también el reloj de pulsera. Nada menos que uno de Cartier que, es de suponer, no pudo ser más que de oro. Pero, dejemos

al hombre también y concentrémonos en su idea. Y no me refiero ahora a la de que algo menos ligero que el aire puede volar SIN ayuda externa. Si no me refiero a ella es para evitar tener que hablar de unos hermanos de otros estados unidos – esta vez de América, nada menos – que años después de que Santos Dumont hubiera certificado independientemente el primer vuelo a motor de la historia, consiguieron adjudicarse el título de “Padres de la Aviación”... En fin, hablemos de la otra idea – ¿De cuál? ¡Tenía tantas! - De la idea que planeaba por la exposición y que se ufanaba de su propia vigencia. La que vivía en cada pequeña aportación que Santos Dumont hizo a la ciencia mediante los trabajos que le llevaron a sus descubrimientos. Todo lo que inventó y todo lo que desarrolló fue de dominio público. Nunca creyó en las patentes o, por lo menos, nunca creyó que él debiera registrar ninguna. Es una idea esta que, cuando no visita exposiciones –generalmente de Santos Dumont – suele reunirse con otras que le son afines para reivindicarse juntas y demostrar su vigencia. Ayer mismo- o tal vez fue otro día; con las ideas nunca se sabe- se reunió con la idea de la solidaridad y con la idea de la generosidad. Pero las encontró denostadas, sin ganas de viajar- viajar por el tiempo, me refiero. Como que se iban quedando atrás. Tal vez fuera casualidad pero, desde lo de las vacunas para la pandemia, a sus dos amigas – que todo hay que decirlo, eran ideas muy viajadas – se les notaba algo ausentes. Cuando, por ejemplo, la idea de la solidaridad se presentaba en las reuniones de algunas compañías farmacéuticas siempre la supeditaban a un estudio de mercado; a los resultados de una cuenta de explotación o a consideraciones que, como idea que era, ni entendía, ni podría entender nunca. Cosas del mundo en el que vivimos- que no sorprenden mucho a las personas que lo habitan pero que afectan a las ideas que algunas de esas per-

sonas crean, sostienen, enmiendan o refutan. Las ideas de este grupo, las que se reunieron ayer mismo- o tal vez fue otro día - no congenian con ciertas empresas. Por un motivo u otro, les cuesta penetrar en sus lujosos despachos. Y no digamos ya en la mente de sus directivos y accionistas. Simplemente, cada día les cuesta más estar presentes. Sería normal que estas tres ideas estuvieran preocupadas pero, como ya sabemos, hay cosas que las ideas no pueden hacer.